



La loca del “squeegee”

por: Rita I. Maldonado Arrigoitia

*Un barco frágil de papel
parece a veces la amistad,
pero jamás puede con él
la más violenta tempestad
porque ese barco de papel
tiene aferrado a su timón
por capitán y timonel:
un corazón.
(Alberto Cortez)*

¡Lo perdió todo! Era la frase que se repetía por el devastado país, acostumbrado al aviso protocolar de huracanes que acababan desvaneciéndose en las aguas o alejándose a destinos menos afortunados. Esta vez fue distinto. La isla bendita fue azotada por un ser andrógino cuyo cuerpo espiral se desplazaba lento, pero con una fuerza descomunal. María, como fue bautizada, no veía por el único ojo que tenía y su gemido ronco y profundo precedía el ataque inmisericorde. Ante el violento soplo de su respiración los árboles se desvestían y aquellos que se le resistían los arrancaba de cuajo, lanzándolos contra calles, jardines, plazas, edificios y residencias. Tras de sí, nubarrones oscuros escupían con furia sobre el suelo saturado provocando derrumbes y deslizamientos, de modo que cuando María, por fin, abandonó tierra, todos los habitantes conocían a más de uno que “había perdido todo”.

Los presagios se ocultaban tras la aparente calma del 19 de septiembre de 2017 cuando, ante la inminente llegada del fenómeno, el vecindario de Ana fue desalojado. Su casa estaba ubicada en el centro de aquel pueblo que un siglo atrás fue señorial pero luego, venido a menos y relegado, sólo conservaba cierta nostalgia encarnada en ruinas arquitectónicas que atestiguaban un pasado mucho más benévolo. Vivía al final de la calle donde estaba la Catedral, la única estructura que se mostraba digna e incólume en medio de una urbe humillada. Sus campanadas marcaban el inicio de la rutina diaria de esta mujer, que no se fiaba de los curas ni del catolicismo, pero acudía puntual a la misa diaria de las seis y treinta de la mañana. Allí organizaba su vida espiritual, se conectaba con su esencia y obtenía las fuerzas para enfrentar los afanes del día y la soledad de la noche. Luego atendía su jardín poblado de lirios, hablaba con las orquídeas y regaba los almendros y playeras que bordeaban la casa. Entonces, obsesivamente, ordenaba la siempre pulcra residencia, en particular los archivos y estantes de las habitaciones que olían a biblioteca.

No era una estructura enorme, pero tenía una alegre cocina con un comedor espléndido. Su atractivo mayor era el florido balcón, con tejas color terracota que la rodeaba y terminaba en una fresca terraza trasera desde donde se apreciaba la reunión de dos cuerpos de agua tan distintos en extensión como en movimientos y colores. En otros tiempos, fue el escenario perfecto para ensayar obras de teatro, celebrar tertulias y cantar. Ana era maestra de literatura hispana y gustaba de recibir en su casa a intelectuales y bohemios que, al son de la guitarra y copa en mano, no pocas veces vieron salir el sol sobre el Atlántico en el punto exacto en el que se encuentra con el Rio Grande de Arecibo. No era pues de extrañar que años más tarde, alternara el temor y la añoranza mientras aseguraba la vivienda amenazada por la tempestad. Angustiada, iba revisando por vez número veinte que las ventanas estuviesen cerradas y que la cinta adhesiva que le puso a los cristales no estuviera despegada; entretanto,



no dejaba de escuchar la música y las risas de los espíritus trasnochados en la terraza.

Resistió hasta el último momento, atenta a los boletines de la radio, esperanzada en que el fenómeno alterara su rumbo o amainara su fuerza; retrasando abandonar lo que más atesoraba. Fue hija única y no tuvo descendencia. Cuando murió su esposo, cómplice entusiasta de todos sus proyectos, Ana, que se había retirado temprano del magisterio, se dedicó a ordenar los recuerdos. Clasificaba fotos y archivaba noticias que iba cortando de los periódicos viejos que por años había guardado en cajas perfectamente apiladas en la habitación del fondo donde forjaba, puntillosa, el almacén de sus memorias. Como si quisiera nunca acabar, solicitó a los amigos y conocidos que hurgaran en los recuerdos de padres y abuelos hasta dar con material útil para sus archivos.

Así, llegaron a sus manos anuarios viejos, libros agotados, recortes de noticias sobre sucesos políticos, y hasta anuncios de funciones de obras de teatro y zarzuelas, celebradas en el antes prestigioso Teatro Oliver que, desde hacía años, agonizaba corroído por hongos, ratas y cucarachas que habían hecho del lugar su casa. También le llevaban revistas y fotografías que daban cuenta del inolvidable carnaval con el desfile de trajes vistosos y bandas sonoras que alegraban las calles antes limpias del pueblo. No faltaban los que se acercaban a venderle material para su colección. La mayor parte de las veces rechazó las ofertas por tratarse de faranduleo que no le interesaba, pero eso sí, cuando encontraba algo de su agrado el rostro la delataba en ese gesto tan suyo en que mientras más sonreía, los ojos se le iban borrando. Entonces, con su perfecta caligrafía, anotaba alguna anécdota o referencia al lado de la foto o documento, al tiempo que iba leyendo en voz alta cada sílaba que escribía: “Pla-ci-ta de Bueee-nos Aii-res en el mil noo-ve-cieen-tos see-ten-ta y dos”. Al terminar, con una mueca melancólica, lamentaba que sin proponérselo se había convertido en historiadora, escondiendo a la cuentista que llevaba dentro y que a veces la sorprendía cuando salía a imponer su imaginación alocada.

A la una de la madrugada -ya era 20 de septiembre- cerró el portón que protegía la puerta principal de su casa. Llevaba gafas oscuras que ocultaban unos ojos hinchados y enrojecidos. Había asegurado lo que pudo en cajas plásticas tapadas. En el bulto gris que cargaba, como quien lleva las cenizas de un difunto amado, guardaba algunas botellas de agua mineral, una bolsa de papas fritas, el radio portátil, un impermeable, un pequeño paraguas, los espejuelos de leer, una linterna, baterías y lo más importante: el trío de libros imprescindibles y el álbum de fotos que dormían custodiados en la gaveta de su mesa de noche. “Es sólo una noche y luego que los vientos desordenen las cosas, estaré de vuelta para reorganizarlas” -se dijo a sí misma para consolarse, aunque un escalofrío la recorrió completa. Sabía de sobra que un huracán de esa categoría podía ser devastador, más aún cuando se vive frente a la desembocadura del río. Pero no le dio más pensamiento a eso y se marchó.

Las amigas habían insistido en que se fuera con alguna de ellas. Mintió diciéndoles que se iba con una prima a pasar la noche a Vega Baja. Su plan era quedarse en la casa, como tantas veces había hecho ante el aviso de otros incidentes atmosféricos. Resistió hasta que la imprudencia se tornó en temeridad y tuvo que decidir entre su vida o su mundo. A la hora del ultimátum, ya era más de medianoche y, por supuesto, no molestaría ni arriesgaría a nadie. Su vehículo estaba en el taller desde hacía dos días y los celulares ya no estaban funcionando en el país. No tenía alternativas. Unos hombres con identificaciones colgadas al cuello y capas de colores fluorescente, que antes habían inútilmente intentado persuadirla de que saliera, esta vez se la llevaron sin resistencia.



Fue trasladada a uno de los refugios improvisados por el gobierno. Allí reconoció a una peluquera que, a finales de los años setenta, había alcanzado fortuna con un salón de belleza moderno y “unisex” que se hizo famoso en el pueblo. Le apenó verla tan deteriorada. También identificó a un médico retirado que vivía en el mismo centro de la ciudad y que, según decían, había sido abandonado por los hijos luego de dejarlo en la ruina y con síntomas de demencia senil. Estaba, además, el deambulante que todos los días le pedía alguna moneda e invariablemente le decía “es pa’comel, missi”. Distinguió su voz cuando se peleaba a gritos por una coca cola con la adicta que se apoderó de una de las casas abandonadas de la periferia del pueblo y que, desde allí, ofrecía sexo a quien le diera cinco dólares o un par de haladas de “crack”. Por suerte, alguien le regaló otro refresco al deambulante para evitar que se fueran a los puños. Ana sintió deseos de salir corriendo. Maldijo en silencio la hora en que abandonó su adorada casa y apretó fuerte los labios para no sollozar en público.

Rondando las tres de la madrugada el generador eléctrico, un vejestorio sin mantenimiento alguno, dejó de funcionar. La gente se alteró, pero poco después empezaron a sentirse ráfagas que silenciaron por un rato a los refugiados. Los vientos fueron aumentando la intensidad y ya en la mañana se escuchaban implacables. Los ruidos de cosas que caían provocaron adivinanzas en el aposento. “Eso fue una rama”. “No mijo, eso fue un árbol completo”. “Escucha cómo se estrelló ese aluminio”. “Ea rayo, está rompiendo cristales y yo que dejé el carro, al aire libre”. La maestra escuchaba sin emitir palabra. Trataba de enterarse de lo que estaba pasando fuera de ese espacio, pero la radio sólo transmitía un programa que apenas podía escucharse ante la habladuría de los refugiados. Sin soltar la linterna, ella simulaba estar abstraída en la lectura, mientras releía quince veces la misma oración sin lograr concentrarse.

Cerca del mediodía, luego de su descarga, María reposaba sin fuerzas, entre desgastada y soñolienta, con su ojo a medio cerrar flotando sobre el paisaje alterado. Una calma insoportable se apoderó de la zona. Algunos pensaron que se había marchado y salieron a celebrar su partida o a llorar las consecuencias de su paso. Ana, sabía que aún faltaba lo peor; que el ojo iba a despertar y que María, con sus brazos de viento recargados, circularía briosa antes de salir a enfrentarse con el profundo mar del norte de la Isla. Esperó con entereza su virazón, hasta que volvieron a escucharse los temidos alaridos y las ráfagas se ensañaron con lo que no habían descalabrado. Así, zumbó y destrozó por un tiempo que parecía interminable hasta que, por fin, el monstruo se fue a internar en el Atlántico; mientras la lluvia que dejó como secuela siguió inundando el país.

Cuando nada podía ir peor, ante la mirada asqueada de Ana, el baño se desbordó arrastrando un líquido oscuro que inundó buena parte del primer piso de la escuela convertida en albergue. Los encargados trataron de remediar el asunto como pudieron, mientras ella pedía al cielo fuerzas para no desmayar. Pero su energía se debilitó totalmente cuando, en el momento menos propicio, como si su cuerpo hubiese despertado de un estado de coma, sintió unas ganas incontenibles de orinar. Prefería morir antes de acercarse a aquella inmundicia y con disimulo se balanceaba en la misma loseta apretando fuerte la entrepierna. Un ardor en la boca del estómago la hizo percatarse de que no había comido desde el día anterior, mientras la cabeza le empezaba a retumbar por la falta del café aromático y espumoso que todas las mañanas salía de su moderna máquina cafetera. Entonces prefirió enfermar de pulmonía que quedarse allí. Descargaría su vejiga en cualquier esquina de la calle que de seguro estaría más limpia que aquellos



baños. Recogió las pocas cosas que había sacado, se ajustó el impermeable en los hombros y trató de escabullirse del lugar.

Casi logra salir sin percatarse que en esos instantes llegó al refugio su gran amiga, una periodista enérgica que, a pesar de los vientos, las lluvias y las tronadas seguía investigando el pésimo servicio que el Estado le ofrecía a los ciudadanos. Suerte que alguien gritó el nombre de la reportera pues de otro modo no se habrían visto. Entonces, Ana confirmó que sus muertos no la abandonaban. Corrió hasta donde la recién llegada, la abrazó y lloró todas las lágrimas contenidas. La periodista no entendía qué hacía su amiga allí y fue muy poco lo que Ana pudo articular. Sólo le explicó que tuvo que salir de su casa y que la llevaron a esa antesala del infierno. Desconcertada, la cronista la subió a su vehículo y le pidió al fotógrafo que la acompañaba, que la llevara de inmediato hasta la casa de otra de las amigas, la farmacéutica, que vivía muy cerca, mientras ella realizaba el reportaje del albergue municipal.

Por fin, después de la pesadilla vivida, sintió que llegó al paraíso y que allí podría recuperar el ímpetu para enfrentar la prueba que le esperaba. Al día siguiente consiguió que la dejaran frente a la puerta de su casa, sin permitir compañía. Desde el balcón, se alzaba ansiosa por las ventanas tratando de mirar hacia el interior. Su respiración se entrecortaba mientras introducía la llave en la cerradura, hasta que la puerta principal se abrió como el telón de una obra de horror. Se sintió sin fuerzas para mantenerse de pie, pero no había muebles ni piso donde desfallecer sin que el bache la arrojara. Contempló cómo el viento, el agua y el fango se habían adueñado de su espacio sagrado y habían ultrajado los recuerdos. Caminó estoica, por cada uno de los salones y las habitaciones sin soltar ni un sollozo. El lodo se asentaba, cual parte del arte, en los cuadros de las paredes. La cristalería no resistió las cintas adhesivas. El hongo crecía sobre libros y archivos. Hasta un pez se incrustó en el aspa del abanico del techo de la terraza.

De pronto, respiró muy fuerte, como si al inhalar se tragara todos los vientos que habían alborotado su santuario y se propuso reconstruir todo lo posible. Limpiaría una por una cada pared, cada baldosa, cada libro, cada mueble, cada cajón, cada papel, cada recuerdo. La furia de su interior saldría más poderosa que la tormenta y enfrentaría la devastación. Descansó sólo un par de días y al tercero resucitó. Convocó a su ejército de mujeres. El club, en el que tantas veces se reunieron a brindar, bailar, conversar y arreglar el mundo, les sirvió de espacio para el apoyo y el plan de reconstrucción. Todas asumieron con valentía la tarea asignada. Las tres de la tarde, fue la hora acordada. Después de que cada una cumpliera con sus responsabilidades, se encontrarían donde siempre y partirían hacia la casa del mar y el río y, sin preguntas, seguirían las instrucciones de la dueña, día tras día, hasta que todo quedara perfecto.

Pero todas las tardes, después del almuerzo, Ana se escabullía, antes que llegaran las otras. Con los tenis enlodados, el pañuelo amarrado en la cabeza y un “squeegee” en la mano, se desplazaba a pie por la Avenida Rotarios sorteando los obstáculos de árboles y postes caídos, objetos desechados y basura sin recoger en medio de las aceras. Subía la empinada cuesta de la Calle Nueva hasta llegar al Cerro de la Monserrate, y allí tomaba unos minutos de descanso sentada en los bancos inhóspitos y a punto de ebullición de una plazoleta sin árboles a la que ni siquiera las palomas visitaban. Luego, entre edificios abandonados, tiendas de baratijas y una cafetería oscura y mugrosa, caminaba en dirección al centro del pueblo. Ana no estaba ajena a la mirada de la gente, a sus caras intrigadas, a la burla de algunos: “Ahí va



la loca del squeegee,”. Así decían. Pero ella, inmutable, continuaba su marcha sin soltar su fusil, la extensión de su brazo, el ayudante más leal, que con rabia escurría el bache acumulado y distraía las lágrimas que amenazaban con volver a inundar la casa. Hasta llegó a sonreír por el sobrenombre con que había sido recientemente bautizada. Total, ¿qué sabían ellos? ¿qué podían siquiera intuir esos advenedizos en un pueblo que ella conocía de punta a punta y amaba estúpidamente? Con firmeza caminaba hasta bordear la plaza pública y, en ese punto, se deslizaba por el costado derecho de la Catedral -donde gatos hambrientos cruzaban la avenida y brincaban por los tejados ennegrecidos- hasta llegar a su residencia. Una vez entraba, sin tregua escurría el agua y abría gavetas, cajas plásticas selladas, baúles de madera, mientras limpiaba obcecada cada pieza que recordaba su pasado y colgaba en un cordel cada documento que se resistía al olvido.

Un par de semanas después de haber iniciado la labor de limpieza, se notaba el esfuerzo de todas y la prognosis no era fatal. Lograrían salvar más de lo que habían pensado. Pero, así como suceden muchas cosas importantes, de forma impredecible, un domingo en que Ana se encontraba sola -decidida a adelantar trabajo para sorprender al equipo de guerreras que puntuales vendrían el lunes al rescate- contempló con otros ojos la casa. Recorrió con la mirada cada esquina de la vivienda. Sintió tristeza por su nostalgia, por sus recuerdos expuestos a la furia de los vientos, al lodo endurecido, al agua desbordada, endemoniada y maloliente. Soltó el “squeegee”, se quitó el pañuelo, notó que sudaba frío por el cuello y que el aire no llegaba a los pulmones. Se tiró en uno de los muebles rescatados del fango y sintió que de la cabeza le salía un vapor espeso que la iba vaciando por dentro.

Una idea, como un rayo destructor, partió el cerebro y el corazón de Ana. En un instante se vio confrontada con la misma violencia del golpe de agua que se había apoderado de la casa. Sintió pena de sí misma, empeñada en vivir en el pasado, en documentar memorias que sólo ella atesoraba y que jamás podrían reemplazar lo insustituible. Por primera vez en nueve años, cuatro meses, dos semanas y tres días lloró, con más rabia que dolor, la muerte del marido que no la acompañó hasta la vejez y que la dejó, sola, en la terraza con los aromas del café de la mañana; sola, sentada a la mesa cuadrada del comedor mirando de frente a una silla vacía; sola, con la cena nocturna servida y el vino amargo en la copa; sola, en el cuarto lleno de fantasmas que no desaparecían con las luces encendidas; sola, en la cama helada, con el radio cantando para que nadie supiera que las noches eran insoportables en la hermosa casa junto al mar y el río.

Tirada en aquel sillón antiguo tomó una decisión. La casa de las nostalgias, la del pasado encapsulado en álbumes y cajones, volvería a ser el centro de reunión que alguna vez fue. Repasó los recursos humanos con los que contaba. Empezó, por supuesto, por el desglose de sus amigas y al hacer la lista mental se percató de que, con sólo ellas, en su hogar no faltarían la música y el baile, las copas, el teatro, la meditación, las tertulias, las risas y el llanto compartido, la solidaridad y el cariño. ¡Se acabó! Gritó con una voz que le salió del vientre. No más museo, ni archivo histórico. Su hogar sería ahora el espacio vital para recibir los amigos, subir la música, compartir la mesa y descorchar el vino. Sin pensarlo más ni consultarlo, llenó las cajas que había vaciado y las fue apilando en el balcón y en un acto de liberación resolvió echarlo todo a la basura. Con la ayuda de unos vecinos montaron las cajas y bolsas en una camioneta y lo llevaron todo al reciclaje. Luego de demasiados viajes de ida y vuelta, la residencia quedó vacía de objetos, revistas y papeles obsoletos y comenzó a llenarse de una energía efervescente.



Con una sonrisa nueva en el rostro y sentada en el piso del balcón, juró que los recuerdos los reservaría para sí y sólo los compartiría con quienes quisieran escucharla sin mostrar papeles, fotos ni evidencias. Con su memoria como única guía podría desechar los recuerdos tristes, los vergonzosos y también los inútiles. Conservaría sólo aquellos que la habían hecho feliz y hasta podría embellecerlos a su antojo cada vez que los contara. Tal vez, había llegado el momento de usar el tiempo que empleaba en coleccionar y clasificar el pasado para escribir aquel libro de cuentos que tanto había anhelado. Mientras se sacudía los mosquitos que la rondaban -sin caer en la estupidez de estarle agradecida a María-río a carcajadas, como hacía tiempo no reía, pensando que la tuerta despiadada no logró que ella “lo perdiera todo”. Tenía demasiado de lo que ni el huracán más temible puede arrasar. Con sus ojos, otra vez cerrados de alegría, distribuyó mentalmente donde ubicaría los muebles nuevos. Se imaginó a sí misma en la terraza, escuchando la llegada alborotada del océano y los besos con que lo recibe la corriente parsimoniosa del río, sentada frente a la “laptop” colocada sobre una mesa de madera pintada de verde, con una copa de cava fría a su derecha, escribiendo el primer cuento que, sin duda, titularía: “La loca del squeegee”.